

TULIO LAGOS VALENZUELA

EDUCACION, SOCIEDAD Y LIBERTAD

I

LA EDUCACION, al igual que los demás fenómenos humanos, puede ser analizada desde distintos puntos de vista. Admite, desde luego, un enfoque biológico, psicológico, filosófico y sociológico.

Como fenómeno multifacético, la educación presenta aspectos individuales y sociales, unidos tan íntimamente que no cabe entender los unos sin los otros.

En efecto, el sujeto de la educación es el hombre mismo y en él se conjugan lo individual y lo social, lo subjetivo y lo objetivo, los factores endógenos y exógenos. Entroncado en lo biológico, portador de un aparato anímico que lo distingue y singulariza, su vida se desplaza de consuno en el amplio mundo de la naturaleza y la cultura. Ser eminentemente sociable, si quiere ser cabalmente entendido, hay que observarlo e interpretarlo en relación con su contorno, con los círculos sociales que enfrenta desde su nacimiento; "circunstancia" social que le va imprimiendo un sello característico a su pensar, a su sentir y a su quehacer.

El catedrático argentino Juan Mantovani subraya que "la educación es un proceso que se confunde con la vida misma y por ello, y a la vez, es simultánea e indivisiblemente individual y social"¹.

Centrado el estudio en el sujeto de la educación, ella tiende a *convertir la persona en personalidad*, a través de un proceso de crecimiento y de individualización; esto es, desea forjar un tipo de hombre diferenciado, con peculiaridades psíquicas propias, sustentado en tres órdenes de elementos fundamentales: los factores biológicos, anímicos

¹Juan Mantovani: "La educación y el espíritu de independencia". Boletín de la Sección Pedagógica de la

Dirección General de Educación Secundaria. Santiago, Chile, junio, 1949.

y sociológicos. Su desarrollo armónico, el carácter de cada uno, moldeado sobre el temperamento básico y personal le permitirán afianzar su "yo" y capacitarlo para defender sus ideas con acentuada independencia.

Para realizar este objetivo primordial, la labor educativa estima más eficaces y provechosos los primeros años de la existencia humana, la niñez y la juventud, que son las edades más plásticas y que por lo mismo facilitan un desarrollo equilibrado, una evolución madurativa que tiende a desembocar en la edad adulta con hábitos preformados, con sentimientos positivos, con ideas dentro de lo posible *claras y distintas* que doten al educando de los mecanismos de respuestas, con prevalencia de lo racional, para que resuelva con éxito la variadísima, renovada e inédita problemática existencial.

Recordar que la educación aprovecha las etapas moldeables, que son las primeras de la vida, para cumplir con eficacia su cometido, no implica de ninguna manera desconocer las posibilidades y las necesidades educativas de los elementos adultos, asunto que es particularmente importante en América Latina que carga, sobre sus morenas espaldas, con un negativo lastre de analfabetos y cuasialfabetos, que sin ser culpables de su situación, son una rémora para todo estilo de auténtica convivencia democrática.

Siendo importantes, sin duda, los aspectos individuales de la educación, incluso los autores que ahondan en su tratamiento con un criterio filosófico individualista, no dejan de reconocer la influencia extraordinaria de los aspectos sociales. Absurdo sería hacerlo, porque no hay vida auténticamente humana al margen de la sociedad. "Vivir equivale a convivir". Al lado del "yo" está el "tú" y por encima de ambos el "nosotros".

Así, un filósofo de la educación, Augusto Messer, anota que cada vez "se hace más urgente en la educación de los muchachos y de los pueblos tratar de mover las fuerzas unificadoras y unitarias al lado de las diferenciadoras y dispersivas y cultivar al lado del espíritu de individualización el espíritu de asociación" (Filosofía y Educación, pág. 138).

Desde el punto de vista real, objetivo, la educación es una función de la sociedad, es un fenómeno colectivo que se da en todas las épocas, latitudes y agrupaciones humanas, en forma intencionada o no, pues hay expresiones de ambas modalidades, en la azarosa trayectoria de la Humanidad.

Considerada como proceso o función social, la educación tiende a incorporar a las jóvenes generaciones al sistema de ideas, vigencias espirituales, intereses, formas de sociabilidad, etc., para asimilarlo a la

anchurosa y variada escala de valores, predominantes en el medio social, históricamente condicionado por una serie de vigencias socioculturales.

Son las personas adultas las que dan la pauta a la vida colectiva y se esmeran, desde la familia hasta la institución escolar, en inculcar sus normas, pensamientos e ideales, valiéndose de la enseñanza.

Dice un especialista: "El problema de los fines de la educación se clarifica singularmente cuando se advierte que la educación no es sino la asimilación del individuo al grupo, y que éste se compone de una pluralidad de círculos sociales (religiosos, políticos, económicos, familiares, etc.)." (Roberto Munizaga A: *Principios de Educación*. Stgo., 1954.

La educación se nos ofrece así, como un *proceso de socialización*, que asegura la permanencia de la sociedad, la gravitación central de las fuerzas cohesivas sobre las dispersivas, transmitiendo sus maneras de sentir, pensar y actuar a las generaciones y elementos renovadores de la existencia en común, que son los infantes y adolescentes, llamados con razón, los "futuros ciudadanos".

Ya en 1894, en la primera edición francesa de su célebre libro *Las reglas del método sociológico*, Emilio Durkheim se adelantaba a plantear el problema en sus efectivas implicaciones, al proclamar que "la educación tiene justamente por objeto hacer social al individuo; se puede ver en ella —agrega— como en pequeño, de qué manera este individuo se ha constituido en la historia. Esta presión de cada instante que sufre el niño, es la presión misma del medio social que tiende a moldearlo a su imagen y de la cual, los padres y los maestros no son sino los representantes y los intermediarios".

Difícil y delicada tarea es la adaptación de los educandos al medio circundante. El hombre es producto de la herencia y del ambiente. En el infante, primero, y luego en el joven hay que tener en cuenta lo individual y lo social. De ahí que el itinerario, cuyo cumplimiento implica la incorporación en plenitud a las normas reguladoras de la sociedad, estatuidas por los adultos y que de uno u otro modo están influidas por los intereses de los sectores gobernantes y clases dirigentes, choca muchas veces con el ímpetu avasallador e inconoclasta de los jóvenes, que viven una etapa vital donde están presentes los trances hormonales, los problemas del crecimiento y maduración, la fantasía e imaginación incontrolados, la sensación, a veces falsa, de que los mayores lo rechazan, las actitudes inhibitorias o arrogantes, la "ambición y angustia" del adolescente, la ambigüedad en todos los planos, el desajuste escolar y familiar, etc.

Cuando las instituciones sociales aparecen como esclerosadas; cuando

a diario se advierte que las autoridades afirman en teoría y niegan en la práctica los derechos humanos; cuando la evolución social no se pone a tono con el signo de los tiempos, especialmente en nuestras sociedades que tienden a reglarse por el ritmo vertiginoso y aplastante de la técnica, el joven suele interpretar y juzgar el mundo en que vive como una costra, como algo "cosificado" que, junto con entorpecer su propio y libre desenvolvimiento, dificulta el avance social.

Misión del maestro es, entonces, procurar que el afán innovador de los jóvenes que se proponen cambiarlo todo y a corto plazo, desde los cimientos, encuentre un cauce apropiado para una canalización democrática, promoviendo, a base de los conocimientos científicos, humanísticos y artísticos y animado de una profunda convicción ética, solidaria y progresista, la adaptación y asimilación de las nuevas generaciones. ¿Cuál es, entonces, el tipo más conveniente de adaptación? Desde luego no se conocen fórmulas estereotipadas para responder a tan ardua interrogante. En estos dominios —como en todos los asuntos humanos y sociales— debe aceptarse que cada grupo, cada pueblo, cada nación, va forjando su propia e intransferible evolución, de acuerdo con las particularidades intrínsecas de su desenvolvimiento histórico-sociocultural, en cuyo trasfondo subyace el sistema económico imperante en cada país.

Ante este escollo, sólo cabe intentar un acuerdo en torno a las grandes líneas de acción pedagógica que faciliten una *incorporación crítico-constructiva* a los distintos círculos y grupos sociales que la persona está integrando de hecho desde los primeros años de su existencia. En los jóvenes hay que orientar el espíritu crítico hacia el convencimiento de que no todo lo pasado es repudiable por el mero hecho de serlo; ni que todo lo reciente es significativo por ser novedoso. Entre el pasado, presente y futuro de la sociedad se advierten nexos sin solución de continuidad. Otro tanto ocurre con la vida humana y sus consabidas etapas de infancia, juventud, adultez y ancianidad.

Misión del maestro ha de ser contribuir a reemplazar las normas y costumbres caducas y atrasadas por otras más acordes con los tiempos actuales, que perfeccionen y dignifiquen la condición humana.

"El maestro esencialmente, debe aspirar a ser un artífice, un despertador de fuerzas espirituales, un transformador de potencias informes en capacidades precisas de acción.

"De acción que traduzca un reconocimiento de los lazos de solidaridad que nos unen con el pasado, el hoy y el mañana de nuestra comunidad. De acciones que nos permitan colaborar en el bien indi-

vidual y colectivo, en la búsqueda de la verdad, en la realización y goce de la belleza, en el logro de la justicia social, en la paz fraterna y en la alegría de vivir"².

El maestro no puede convertirse en mero transmisor de materia inerte. Importa más la sabiduría que los conocimientos. El maestro es un servidor social, jamás un burócrata; es un trabajador de la cultura. En lo posible debe ser un creador que nunca olvide que "educar es preparar hombres con conocimientos, ciencia, verdad, principios y normas, para elaborar un nuevo pensamiento o algo superior".

II

"La libertad es el supremo principio del ser y al mismo tiempo su suprema esencia; su raíz existencial última y su contenido y sustancia más entrañable"

MIGUEL ANGEL VIRASORO.

"Hay que ser cultos para ser libres".

JOSÉ MARTÍ.

"Debemos saltar del reino de la necesidad al reino de la libertad".

FEDERICO ENGELS.

Aceptada la premisa que la educación debe transmitir no sólo las conquistas culturales ya alcanzadas, sino incitar al logro de otras y de nuevos valores sociales, hay que convenir también que ella presupone una actividad disciplinada.

¿De qué modo, pues, participa la libertad en el proceso educativo cuando el término libertad y disciplina son a primera vista contrapuestos y al parecer excluyentes?

En la educación, según escribe Alfred N. Whitehead, "la antítesis entre libertad y disciplina no es tan marcada como podríamos imaginar en base a un análisis lógico de los significados de ambos términos"³.

El asunto se complica, porque el concepto de libertad no es unívoco.

²Amanda Labarca: "El Arte y la Ciencia de ser Maestro". Rev. Mapocho, Biblioteca Nacional de Chile. Santiago, 1964.

³Véase: *Los fines de la Educación*. Buenos Aires, 1961, de Augusto Messer.

Posee múltiples acepciones. "La palabra libertad, como todas las grandes palabras por las cuales los hombres están prontos a morir, y que están cargadas no sólo de las riquezas del objeto sino también de los deseos, las quimeras y las supremas noblezas del sujeto, la palabra *libertad*, admite sentidos, y sentidos muy diferentes, conectados eso sí los unos con los otros"⁴.

De una cosa podemos estar ciertos: es que para los hombres que vivimos en este meridiano del siglo xx, la libertad es un valor social que posee significación para el hombre concreto, "de carne y hueso", sujeto de necesidades materiales cuya satisfacción es vital e ineludible y de necesidades culturales que constituyen un verdadero imperativo de la época. Pasó el tiempo de la libertad absoluta e irrestricta concebida a la manera metafísica, para el "ser en sí" sin que por ello pueda desmerecer la consideración, el respeto y la apetencia constante de millares de seres.

"Hay aún inmensas masas de hombres por liberar, es decir, por elevar al plano de una dignidad, de una conciencia de un bienestar humano", manifiesta el pensador Guido de Ruggiero.

Se abre paso el consenso de que la libertad no es sólo ausencia de trabas e impedimentos. Más que eso, a la libertad *de algo* se le agrega la libertad *para algo*. Y este "*algo*" es tanto psicológico como material.

La educación debe liberar del temor, de la miseria, del fanatismo, de la incertidumbre, si quiere contribuir a edificar un tipo de convivencia más racional y justo, aspiración de toda auténtica democracia moderna.

El nuevo principio democrático afirma que "nadie debe ser abandonado al hambre —pues la sociedad es responsable por todos sus miembros— ni al miedo o a la sumisión, o bien condenado a perder el respeto de sí mismo a causa del temor a la desocupación y a la indigencia. Las conquistas fundamentales han de ser conservadas; más aún, deben ser desarrolladas y fortificadas"⁵.

Si le damos al concepto de libertad su acepción moderna, si los estados y los gobiernos no sólo hablan de ella sino que la practican y se encaminan a dar ejemplo del acatamiento a los derechos humanos y a los principios de autodeterminación de los pueblos, poniendo fin a su política discriminatoria, se habrá dado un gran paso adelante en la educación para la libertad.

⁴Maritain. Citado por J. Jiménez Berguecio. "La Libertad psicológica". *Rev. de Filosofía*, N° 1. Santiago, Chile, 1952.

⁵Erich Fromm: *El miedo a la libertad*. Buenos Aires, 1959.

Para ello es útil no olvidar que "la educación para la libertad debe desarrollarse paralelamente con la educación para la conciencia de la propia responsabilidad"⁶.

Concretando estos enunciados generales, la educación para la libertad debe representar la conquista de un valor social insustituible, pero tiene que hacerse compatible en la diaria actividad pedagógica, con las características psicosomáticas del educando.

Tal vez sea útil considerar que hay un movimiento pendular entre la libertad y la disciplina, según sean las peculiaridades del sujeto en continuo crecimiento. Es lo que Whitehead llama *las demandas rítmicas de libertad y disciplina* y Messer desea determinar con precisión para saber de qué somos libres y a qué se dirige la libertad. "El verdadero objeto es descubrir en la práctica ese equilibrio exacto entre la libertad y la disciplina". Otros autores plantean el problema como un dilema o como una relación entre la autoridad y la libertad.

No obstante, si la autoridad, aparte de permitir el ejercicio de la libertad, es permeable a los cambios sociales, que tan acelerada expresión adquieren en nuestro tiempo, ella favorecerá la educación ciudadana y el convencimiento actual "de que la libertad es una cosa social, y no meramente un derecho del individuo particular"⁷.

En suma: la sociedad es la que educa a través de la institución escolar; los maestros son la antena sensible a través de la cual se transmite y acrecienta la cultura en su sentido sistemático y formativo.

Como las instituciones sociales también educan, interesa sobremanera que la convivencia sea lo más justa y equitativa posible y no ofrezca como ocurre en los países eufemísticamente llamados "subdesarrollados" el espectáculo degradante y paradójal de un mundo de ostensible progreso científico y tecnológico con muchedumbres huérfanas de pan, justicia y educación.

Con cuanta razón un connotado escritor argentino escribió estas certeras palabras: "cuando la inteligencia ha servido lealmente la verdad, sin una inconsecuencia, sin una cobardía, ¿ha cumplido por eso con todos sus deberes? La vida que la rodea y que la impregna, ¿no tendrá exigencias que ella no puede silenciar?

"Ignorarlas o desconocerlas, ¿no será desconocer su verdadero destino, mutilando a sabiendas lo mejor de su espíritu? ¿Somos seres únicamente de comprensión y reflexión teórica?

"Junto al pensador que fundamenta sus conceptos en la frialdad

⁶Augusto Messer: *Filosofía y Educación*, pág. 138.

⁷John Dewey: *El hombre y sus problemas*, pág. 93.

y en la crítica, ¿no vive acaso otro ser de voluntad y de acción práctica capaz de inclinarse cordialmente sobre el drama humano y compartir sus inquietudes y sus dolores?"⁸.

CONCLUSIONES:

I. La educación es un proceso individual y social, al mismo tiempo que tiende, por una parte, a convertir a la persona en personalidad y, por la otra, a incorporar a las jóvenes generaciones a los ideales y valores vigentes en la colectividad;

II. Desde todos los ángulos del pensamiento contemporáneo se acentúa la evidencia del carácter social de la educación, de la libertad y de los valores que le son inherentes;

III. El concepto metafísico e individualista de la libertad, que representa una conquista inalienable, tiende a cederle el paso, como complementación y no como exclusión, a un concepto concreto, dinámico, operante y creador de la libertad para el hombre actual con el objeto de que aspire a una vida donde exista consecuencia entre la teoría y la práctica de la libertad, estimándola como un valor social superior;

IV. La educación como proceso formativo y de adaptación crítica y constructiva de acuerdo con las exigencias y problemática modernas, debe compatibilizar la educación y la disciplina, la norma y la autoridad, la tarea consciente y la espontaneidad;

V. Para que la educación para la libertad sea apreciada como un bien supremo, en la práctica pedagógica, debe ponerse a tono con las particularidades de las etapas plásticas y evolutivas de la existencia humana;

VI. Para favorecer la educación para la libertad, el Estado y las autoridades que son sus representantes, los maestros, los hombres más cultos, deben dar ejemplo de que ella es real y actuante, estimulando los cambios sociales con espíritu superador y preeminencia de los intereses morales y materiales de las grandes mayorías nacionales;

VII. Tarea inmediata y urgente es considerar a la educación como palanca insustituible para promover el ascenso social hacia mejores niveles de vida, estimando que ella contribuye poderosamente a acelerar el cambio de la sociedad para asentarla sobre bases más justas y más libres, sin que esto signifique que la educación sea el medio exclusivo y excluyente para alcanzar el avance colectivo;

⁸Aníbal Ponce. "Los deberes de la inteligencia". Rev. *Claridad*, Buenos Aires, mayo, 1938.

VIII. Entre el hombre y su contorno hay un juego dialéctico incesante: la sociedad y el proceso educativo obran sobre el individuo y lo modifican; pero éste, modificado ya, de alguna manera, re-obra o revierte sobre la sociedad; y así sucesivamente;

IX. El hombre de nuestra época aspira a la libertad concreta que le permita satisfacer sus necesidades materiales y espirituales en continua expansión, a tono con el progreso general de la Humanidad⁹.

⁹Este trabajo es la comunicación leída por su autor, en su carácter de delegado a la Asamblea Latinoamericana de Educación, celebrada en la República Argentina, en septiembre de 1965, con el auspicio de la Liga

Internacional para la Educación, la Enseñanza y la Cultura Popular, con sede en París. Corresponde al punto del temario "Educación para la libertad".